



El gran desafío: Modernización integral del sector agrícola

**S.E. Eduardo Frei Ruiz-Tagle
Presidente de la República de Chile
Discurso de Inauguración de la IX JIA.**

Como Presidente de Chile y en representación de toda la sociedad chilena, les doy la bienvenida a la Novena Junta Interamericana de Agricultura (JIA) y II Foro de Ministros de Agricultura.

Es para Chile motivo de especial orgullo que se nos haya designado para participar en la realización de este importante evento, lo cual tiene una alta significación para el país, ya que el mundo rural y la agricultura no sólo han sido uno de los pilares de su desarrollo, sino además han desempeñado un importante papel en la construcción de su identidad, sus tradiciones y su cultura.

Desde ya agradecemos esta designación como también la asistencia de tan altas autoridades provenientes de toda América y de todos los ámbitos del quehacer agrícola y rural, y que nos honran con su presencia en esta ceremonia inaugural.

Reunir al sector agrícola de todo el continente para reflexionar acerca de cuál es el futuro que queremos para nuestros países y de cómo debemos trabajar para avanzar más rápidamente hacia el desarrollo de nuestros pueblos, no es una tarea fácil.

Ciertamente, la tarea requerirá realizar múltiples esfuerzos, pero por sobre todo, al igual que muchos de los otros desafíos que enfrentamos en variados campos, ellos deberán hacerse de manera integrada y coordinada por todos los países. No sirven aquí los resultados individuales, necesitamos del conjunto de todos. Estoy seguro de que estos días de análisis, trabajo y mutua colaboración que ustedes tendrán a partir de hoy serán una importante contribución para esta tarea.

Desafíos del futuro

El gran desafío que los países tenemos por delante en materia de desarrollo agrícola y del espacio rural es, sin lugar a dudas, la modernización integral del sector, una modernización que dé cuenta de las aspiraciones de las grandes mayorías nacionales, pero que a la vez no genere espacios de exclusión.

Si observamos el desarrollo económico de la región en lo que va corrido de la presente década, nos encontraremos con que, si bien existe una situación de relativo lento crecimiento, ella contrasta con la prolongada crisis de la década pasada, cuando altísimas tasas de inflación, prácticamente nulo crecimiento y una deuda externa elevadísima, eran comunes en todo el continente.

Hoy sentimos que estamos entrando en una nueva etapa en la que se están estableciendo las bases para desarrollar exitosamente un proceso de modernización. Nuestras políticas económicas son ahora más homogéneas y basadas en principios comunes, lo cual, sin duda, aumenta las probabilidades de alcanzar los objetivos

deseados en un plazo razonable y realista. Estos principios proveen una lógica y un lenguaje común que está en sintonía con el contexto mundial de mayor apertura de los mercados y del fortalecimiento de la sociedad civil, todo lo cual se basa en una realidad eminentemente democrática.

Es interesante apreciar cómo los mejores logros económicos se han amparado en el desarrollo de las actividades exportadoras; y, al interior de cada sector productivo, los que muestran mayor dinamismo son justamente aquellos que han generado excedentes exportables. Ello resulta particularmente cierto en el caso del sector agropecuario.

Pero no obstante lo anterior, si miramos el panorama global desde otra perspectiva, vemos que la pobreza alcanza a casi la mitad de la población de América Latina; cerca de 60 millones de personas sufren de inseguridad alimentaria, lo que significa que no consumen suficientes alimentos para llevar una vida activa y sana.

Asimismo, en términos económicos, a pesar de que la contribución relativa de la agricultura al producto regional se ha reducido en los últimos años, hay países en donde la mitad o más de su población vive aún en zonas rurales, de manera que la revitalización de la producción sectorial reviste una importancia crítica para estas naciones.

No obstante esta dinámica, la agricultura es aún muy importante para las ciudades y lo seguirá siendo en el futuro, ya que hay una interacción económica circular entre ambos sectores que es mutuamente beneficiosa. De hecho, estimaciones efectuadas para América Latina por el Instituto Internacional de Investigación de Política Alimentaria, indica que por cada aumento de un dólar de la producción agrícola, la producción económica general aumenta cuatro dólares.

Por otra parte, los países de las Américas están en una de las regiones más ricas del planeta en materia de recursos naturales. En efecto, la relación entre disponibilidad de recursos naturales y población de la región es una de las más altas en el mundo. Contamos con una de las mayores reservas de bosques tropicales, con las mayores reservas de agua dulce y con más del 60 por ciento de la flora y fauna del mundo.

Dadas estas características, alcanzar el objetivo de la modernización en el sector agrícola no sólo es posible, sino que también imprescindible para nuestros proyectos de desarrollo.

El contexto de la globalización

Estos proyectos de desarrollo se dan en el contexto de un mundo cada vez más interconectado e interdependiente. La globalización es un dato de la realidad del orden internacional que se está forjando en estos años. Como tal, debemos enfrentarla con decisión, firmeza y creatividad. Durante décadas, pusimos en marcha un proceso de crecimiento hacia adentro, que, aunque sentó las bases de la industrialización de nuestras naciones y contribuyó fuertemente al desarrollo latinoamericano, no fue suficiente para responder al conjunto de nuestras necesidades. Se trató, en rigor, de una primera y necesaria etapa, que debe continuar ahora con un modelo de crecimiento hacia fuera. Nuestros proyectos de desarrollo, para tener éxito, requieren de economías mucho más abiertas, que superando los estrechos límites de nuestros territorios, miren al mundo entero como su mercado.

En los últimos años, la mayoría de los sectores productivos muestran significativos avances en la línea antes descrita, ya sea por decisiones unilaterales de los países o en acuerdos de carácter bilateral y subregional, de manera que, sin temor a equivocarnos, podemos hoy afirmar que existe más comercio que nunca en la región. Pero de igual forma debemos reconocer que estos avances en busca de un comercio más libre y transparente, han sido mucho más lentos en el caso del sector agrícola.

Si vemos todos los acuerdos bilaterales o subregionales firmados en los últimos años por los países presentes en este encuentro, se verá nítidamente que aquellos para los cuales se posterga más su liberación, son generalmente los productos agrícolas. Por otra parte, son también estos productos los que suelen encontrarse con mayores barreras para-arancelarias en otras regiones del mundo. Si observamos lo que fue la última ronda de negociación multilateral, coincide que fue también la negociación agrícola la que dificultó por más de siete años el éxito de la misma. Por otra parte, cuando a diario se observa el surgimiento de barreras para-arancelarias o las distintas contiendas entre países por motivos comerciales, la gran mayoría de las veces corresponden a productos silvoagropecuarios.

Al señalar las demoras para liberalizar el comercio agrícola, no quiero decir que hay que dejar a este tipo de productos librado a su suerte en la competencia internacional. Creo que los plazos de desgravación más extendidos son razonables, considerando la dificultad y complejidad de la tarea de modernizar el sector, logrando así que mejore su competitividad en todos los mercados, internos y externos. También nos habla de los problemas de atraso y pobreza en el mundo rural, mucho más refractario al cambio, a la introducción de modernas tecnologías y de renovados estilos de gestión, y con profundas debilidades en la disponibilidad de infraestructura para su desarrollo.

En este sentido, creo que una cuestión prioritaria para los gobiernos, para los organismos internacionales y para los productores agrícolas, es pensar en la modernización bajo la óptica de la competencia en un mundo global. Lo importante que quiero destacar es que no es viable ni beneficioso excluir definitivamente al sector agropecuario de este proceso de apertura. A la larga, ello significará una crisis más profunda que las dificultades provenientes de la reconversión, y costos mucho mayores de lo que puede significar la introducción de tecnologías modernas en el campo.

Pequeños y medianos empresarios, en todo el continente, han demostrado gran capacidad competitiva. El desafío es hacer extensivo este proceso al conjunto de nuestra agricultura.

Fortalecer el mercado

Así, sin renunciar al papel del Estado como regulador y restaurador de ciertos equilibrios en la sociedad, se deben fortalecer las fuerzas y señales del mercado, de modo que sea posible utilizar los mecanismos que él genera para lograr las metas, no sólo de tipo económico, sino incluso aquellas de tipo social y de sustentabilidad ambiental.

Para ello, los gobiernos deben institucionalizar políticas macroeconómicas más estables y transparentes, ya que la continuidad y complementariedad entre éstas y las políticas sectoriales garantizan un mayor nivel de adopción de decisiones de parte del sector privado, como también una mayor facilidad de aplicación y rapidez de respuesta de las políticas implementadas. En este sentido, merece especial atención lograr un mejor funcionamiento de aquellos mercados en los cuales aún subsisten severas

imperfecciones. Si se desea garantizar una más transparente y sana competencia en el mercado, una más adecuada asignación de los recursos, así como un más equitativo acceso a los mismos, debemos empeñarnos en corregir estas imperfecciones. Surge entonces una nueva tarea para el Estado, la de promover la competencia y fortalecer los órganos regulatorios.

Por otra parte, una competencia internacional más libre requiere de los países el compromiso de respetar reglas comunes. En un mundo en que subsisten naciones ricas y pobres, y en que las primeras destinan cuantiosas sumas de dinero para subsidiar a sus productores, la competencia leal, para las naciones pobres, es simplemente imposible. Los compromisos de reducir dichos subsidios, asumidos por los distintos países desarrollados en la Ronda Uruguay, si bien constituyen un avance, son todavía muy precarios, y debemos seguir bregando hasta su total eliminación.

Sólo la existencia de una mayor confianza en el funcionamiento de los mercados abre espacios para que el sector privado asuma en su plenitud el papel que le corresponde en el desarrollo del medio rural y la actividad agrícola. En esto la función del gobierno cumple un papel crítico, cual es la provisión de bienes públicos, de instrumentos de fomento productivo y de un ambiente desafiante que sea un estímulo para la competencia y la competitividad.

El sector público y la ruralidad

El desarrollo en el mundo nos muestra que a medida que se van incorporando nuevas tecnologías en la producción agrícola la mano de obra ocupada por el sector tiende a disminuir, así como también a aumentar su productividad. Ello muchas veces se ha utilizado como una manera de justificar el éxodo de habitantes del campo a la ciudad. Creemos que ello explica muy parcialmente este fenómeno. La gente lo que desea es vivir mejor. Si la calidad de vida en los campos sigue siendo muy precaria mientras progresan las ciudades, resulta obvio que los procesos migratorios no se detendrán. Si queremos evitarlos debemos invertir en mejorar la calidad de vida en el sector rural. El gobierno que presido está empeñado en ello, tratando de llevar al campo los frutos del progreso, generando oportunidades para que todos los ciudadanos accedan a servicios básicos que la modernidad ofrece y la dignidad humana demanda. Agua potable, electricidad, telefonía, mejora en los caminos, así como también en la calidad de la salud y la educación, entre otras inversiones; y que, estamos ciertos, sólo el Estado es capaz de realizar.

Por ello que otra enseñanza que obtenemos de los países desarrollados es que ninguno de ellos ha logrado ese estado al margen o dando la espalda a su sector agrícola. Un país moderno requiere que todos sus miembros participen de los beneficios del progreso, así como también necesita de su participación en el esfuerzo que significa generarlo.

Acciones en favor de los sectores rezagados

La heterogeneidad del sistema agrícola, situación característica de la mayoría de nuestros países, determina que, mientras una fracción importante de los actores que operan en el sector se inserta cada vez más en una economía de mercado e interactúa más intensamente en los mercados internacionales, existe otra fracción que se sitúa en una zona de frontera con respecto a la tecnología y que actúa en una economía con rasgos post-coloniales. Viven al margen del sistema económico, social y político que hoy llamamos moderno.

Estos sectores rezagados requieren de una respuesta que facilite su proceso de modernización, que, en una primera etapa de apoyo y asistencialidad, fomente el desarrollo de ciertos aspectos que les permitan superar las difíciles condiciones en que se debaten. Ello es un desafío para el conjunto del aparato del Estado, el cual debe integrar las políticas sociales y económicas para ir en su apoyo, pero fundamentalmente es un desafío para los ministerios sectoriales, que, en colaboración con el sector privado, puedan suministrar un conjunto armónico de políticas e instrumentos, de manera que los productores puedan proveerse de aquellos factores de producción, de servicios de comercialización, de tecnologías, de financiamiento u otros que no son posibles de generar al interior de cada unidad productiva.

Crear e implementar un sistema de estas características es cumplir con la función facilitadora del Estado y el gobierno, con lo cual se contribuye al desarrollo de la competitividad, factor básico para alcanzar el éxito económico en el mundo actual.

Como vemos, las exigencias que esta tarea impone al Estado son muy grandes. Por lo tanto, ella no podrá realizarse si se continúa insistiendo en su Ajiarización. La discusión no debe darse entre si el tamaño del Estado debe ser grande o pequeño. Lo importante es tener un Estado eficiente y con los recursos para desarrollar sus labores. En ello está su fortaleza.

Desarrollo sustentable

Otro desafío que se nos presenta es la forma en cómo conducimos el proceso de modernización y desarrollo rural y agrícola por una senda ambientalmente sustentable. Para ello habrá que optar por la incorporación de sistemas sostenibles de gestión y producción agrícola, por el mejoramiento de la ordenación territorial, por la conservación y restauración de los recursos genéticos, suelo y agua, como también por desarrollar el sector forestal teniendo presentes consideraciones ambientales.

La base para concretar esta opción es el desarrollo de una estrategia económicamente viable, y en la cual los objetivos de desarrollo agrícola y de conservación del medio ambiente y los recursos naturales sean compatibles entre sí.

Ello pasa por concebir al espacio rural como un espacio donde sólo la actividad agropecuaria no es la única alternativa productiva, sino donde además se desarrollen otras actividades como la agroindustria, el agroturismo y los servicios ambientales, entre otras, que consoliden las ciudades intermedias como centros de articulación del territorio rural.

Palabras finales

Esperamos que el IICA, como organismo especializado del sistema de integración americano, vigorice su labor y siga contribuyendo a la cooperación entre los países del hemisferio, para que se encuentren las mejores soluciones a los problemas de competitividad, equidad y sustentabilidad de la agricultura de los países miembros.

Me permito sugerir dos líneas de trabajo, complementarias entre sí, para lo inmediato.

En la Cumbre de las Américas que tuvo lugar en diciembre de 1994, todos los jefes de Estado y de gobierno nos comprometimos a crear un área de libre comercio que abarque desde Alaska hasta Tierra del Fuego. También dijimos que las negociaciones para ello deberán estar concluidas a más tardar en el año 2005. Ahora hemos

acordado reunirnos para evaluar la marcha de este proceso en abril del próximo año, aquí en Santiago. Demás está decir que el sector agrícola, también en este caso, implicará una de las negociaciones más complejas. Creo que lo que ustedes pueden hacer, para preparar este proceso y llevarlo a buen término, es fundamental. Sería realmente un gran aporte para dicho encuentro conocer los planteamientos de ustedes y de su sector.

Por otra parte, en la Ronda Uruguay, todos los países miembros de la OMC acordamos que las negociaciones agrícolas se deberían iniciar antes de fines de 1999. Un compromiso de ustedes para acelerar este proceso, concordando acciones y criterios comunes, sin duda constituirá una gran fuerza al interior de la OMC para avanzar en la línea que hemos mencionado, de mayor transparencia y libertad en el comercio de productos silvo agropecuarios.

Como pueden apreciar, el tiempo que resta es extraordinariamente breve. Por lo tanto, el desafío que se les impone a los organismos internacionales de cooperación técnica no es menor. Hay que tener presente que a ellos les corresponde ejecutar su mandato, en que les cabe sistematizar la experiencia y la información existente tanto dentro como fuera de la región; cooperar técnicamente con los Ministerios de Agricultura de los respectivos países, en las diversas materias del ámbito de su competencia; y ofrecer un espacio neutral para la reflexión y el intercambio sobre aspectos relativos a la agricultura entre los países miembros.

También los gobiernos, los empresarios y los micro productores rurales deben afrontar sus responsabilidades para el futuro. Lo que debe guiarnos a todos es la construcción de sociedades más integradas, más participativas y más justas. La plena incorporación del mundo rural es, para la mayor parte de nosotros, una tarea pendiente. Los invito a que sigamos trabajando por el desarrollo de nuestra agricultura y de nuestros países.